

# EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,  
Pedregosa, 7.  
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios  
En Córdoba, trimestre, 6 rs.  
Fuera de la capital; id., 7 id

## SUMARIO.

Especie de Revista, por C. Diaz.—Treinta horas en Posadas, por B. Avilés.—Es coqueta, poesía, por Amparo García.—El sol y la noche, soneto, por Adelardo Lopez de Ayala.—El Cisne y el Águila, poesía, por Francisco de B. Pavon.—Variedades.—Misceláneas.—Pasatiempos.—La señorita de Champrosay, novela, T. por Carlos Franquelo.

## ESPECIE DE REVISTA.

Nuestras revistas escasean porque faltan sucesos que las motiven, pero como en la pasada semana ha habido un baile y una feria y paseos y música y otros sucesos, hé aquí que hoy propinamos una especie de larga y soñolienta gacetilla que si mucho tiene de verdad histórica, nada encierra de belleza literaria, ni de puro estilo, ni de ameno gracejo y apenas si de regular castellano.

Las ferias en España van perdiendo su sabor y su carácter, mejor dicho se van despojando de su *españolismo*, que es cabalmente su principal mérito.

A medida que los usos y las costumbres se estrangerizan, que el habla se pervierte, que los antiguos trages nacionales cambian, y nuestros alegres y airosos bailes se truecan por otros inmundos y desenfrenados; las antiguas romerías, las bulliciosas giras campesinas, y las risueñas solemnidades populares, van quedando como sagradas reliquias en poder de una clase de la sociedad que con mas patriotismo, las rinde su tradicional culto.

No es ciertamente la feria de la Fuen-Santa de nuestros días la animada y festiva de otros tiempos, y cuenta que esta vive y vivirá en nuestra tierra, alentada por un sentimiento religioso imposible de desarraigar en este pueblo.

Pero cesando ya en nuestras tristes reflexiones solo diremos refiriéndonos á la pasada, que aquel sitio ha estado concurridisi-

mo, que el milagroso templo apenas si bastaba á dar cabida á la multitud de fieles que allí se aglomeraba, que el paseo era un paraíso con innumerables hermosuras, que la música de Zamora, nos dejaba oír sus armoniosos acordes, que los puestos de dulces, frutas, garbanzos y buñuelos, han debido hacer *su agosto* aunque estamos en *Setiembre* y por último, que *el caballo de batalla*, es decir el Ayuntamiento ha suprimido este año, por economía sin duda, el precioso arco iluminado, que lucia otros años á la salida de la población.

En la noche del primer día de feria, el *Círculo de la Amistad* abrió sus régios salones, á una escogida concurrencia, verificándose un baile del que siempre conservaremos gratísimos recuerdos. Nosotros queríamos citar aquí el nombre de cada una de las hermosas que allí lucian haciendo la felicidad ó desgracia de los concurrentes, y describiríamos de buen grado sus elegantes adornos, pero esto sobre ser empresa larga, pudiera esponernos á algun olvido que fuera imperdonable. Gracias á la galanteria exquisita del General Pavia que allí se encontraba con todo su brillante Estado mayor, el baile se prolongó hasta las seis de la mañana, viendo los primeros rayos del sol naciente los purísimos semblantes de nuestras bellas, pálidos por el cansancio de la noche, ó por las dulces emociones experimentadas.

Hasta aquí lo ocurrido. De música nada absolutamente podemos decir á nuestros lectores, si se exceptuan algunos elegantes números que debemos á la música de Zamora, y algunos conciertos mas en el *Círculo de la Amistad* y otros al aire libre, todos en *petit comité* donde nuestro amigo el Sr. Vasconi y algunos otros *dilettanti*, cantan casi á *sotto voce* alguna bella composición tal como *La Caridad de Rosini*, *L'absence* de Beethoven, *Je t'aime* del maestro español Cappa, y otras de delicadísimo buen gusto.

Trascurridos estos días y estas diversiones empieza para Córdoba un periodo fatal, que

dura desde la terminacion del paseo en el Gran Capitan, hasta que un frio intenso obliga á nuestras paisanas á buscar los templados rayos solares. Tenemos sin embargo el consuelo de que muy en breve abrirá sus puertas el Gran Teatro, probablemente con una buena compañía, de verso ú ópera, por lo que únicamente está pronunciada la opinion, pues por fortuna para el arte y el sentido comun, la zarzuela ha caido en un manifiesto descrédito, y aun por suerte en un venturoso olvido, hasta el punto, de que apenas hay autores que se ocupen de este pésimo género, y apenas si actores que lo interpreten.

Y apropósito del Gran Teatro, hemos tenido el gusto de ver el telon pintado por el Sr. Candelbac que consiste en un elegante cortinaje, cuyos paños estan admirablemente tocados, y en cuyo segundo término, se vé una perspectiva de Córdoba tomada desde el Campo de la Verdad.

Hasta aquí lo ocurrido; la poblacion se encuentra animada con las tropas existentes en ella, y la música es un poderoso elemento, que hace el que los paseos continuen concurridos hasta la fecha, ventaja de que no hemos disfrutado en años anteriores.

C. DIAZ.

### TREINTA HORAS EN POSADAS.

Y lo estábamos pensando hacia mucho tiempo, y gozábamos solo con la idea, y arreglábamos la hacienda para que no faltaran recursos, y se lo decíamos á todo el mundo, y él, loco de contento, y yo á punto de volverme tambien, vagábamos largos ratos por los mundos de la fantasía soñando con aquel acontecimiento. Pasaban los dias, pasaban las ferias y los bailes, y todo pasaba menos nuestro entusiasmo. Amaneció, nos vestimos, dieron las dos, entramos en el tren, llegamos; ¡ya estamos en Posadas!

Una calle ancha, larga, con casitas blancas y muy bajas; muchas ventanas, pocos balcones, menos transeuntes. Otra igual y otra lo mismo y varias que se unen con estas: este es el pueblo. Vimos á una y á otra y luego á otra y otras muchas de nuestras bellísimas amigas, y... ¡oh prosa! comimos.

Volvemos á la calle, toda aquella soledad se convierte en animacion y bulla.

A los toros. Allí estará R. y A. y B. y C. y D. y el pueblo todo. Vamos á la plaza.

La plaza está allí. Se marcha, se conoce, suena, se oye desde una legua á la redonda pero no se ve. Pirámides infinitas de palos, tablas, ruedas de carretillas, bancos y sogas, una nube de sombreros y otra de polvo; aquella es la plaza.

Es preciso entrar para no perder un detalle. Aquí debe estar la puerta; nos hemos equivocado; este es el toril. En efecto, un apartado en que se mueven, juegan, bullen y se agitan cincuenta ó sesenta toros como elefantes no puede ser la puerta.

—Pues no hay otra entrada.

—¿Es preciso cruzar por entre esos inocentes animalillos para llegar hasta donde podamos ver algo?

—No hay otro medio.

—¡Pero, Señor, esto es horrible!

—No hacen nada. Ayer pasó mucha gente y no le rompieron mas que una pierna á uno de ellos.

—¡Ah! Pues si no es mas que una pierna, entre los dos nos quedarán tres para sostenernos en adelante. Pasemos. Todavía no habíamos movido las piernas, solo nuestras cabezas habian asomado por entre los palos cuando ya uno de aquellos bichitos nos sacudía las moscas con sus suavísimos y delgados cuernos.

Todo el cielo y sus delicias que hubiéramos tenido á la vista no hubiera sido bastante á detenernos en la prisa con que retrocedimos; y ya nos prometíamos no ver la funcion y contentarnos con el ruido, cuando un amigo nos abrió las puertas de aquel paraiso introduciéndonos por una estrecha calajuela, única y verdadera entrada, quitando así la diversion de oir nuestras lamentaciones á los campesinos que nos inducian á salvar la terrible distancia que por aquel sitio nos separaba del objeto de nuestras miras.

Entramos. Espectáculo maravilloso. Un conjunto indescriptible de saludos, sonrisas, silvidos, voces, trajes nuevos almidon, cigarrós de tres cuartos, piropos, palos, pañuelos de manila, cintas de colores, sombreros de paja, voluntarios, encajes, sobrefaldas, corbatas azules, diamantes, perlas y toros, confundia la vista y causaba vértigo.

Todas nuestras amigas nos atraian desde los distintos puntos de la plaza; recorrimos varios de ellos, y entre muchas confianzas que *chocarian* á los vecinos de una capital, y unos cumplidos exagerados hasta entre ingleses, paramos al fin en una *jaula*, desde donde vimos la corrida.

Nunca he encontrado mas propiedad en esta palabra que aquella tarde.

Salía, ó mejor dicho, sacaban un toro que á veces entraba en *la arena* con dos ó tres amigos á quienes habia que volver á palos al toril: daba ocho ó diez vueltas y otros tantos sustos á los *izquierdísimos diestros* y volvía á entrar en el corral, de donde salía otro, que pasaba por los mismos accidentes. Esta operacion se repetía tantas veces, que no pudimos menos de esclamar mi amigo y yo: «¿esta corrida es infinita?» oyendo con asombro á una señorita que decia: «no señor; ¡si esta tarde no se lidian más que veintinueve!»

—¡El toro de muerte! ¡El toro de muerte! Estas voces unidas á un considerable aumento en la ya enorme algazara de toda la tarde nos anunciaron la llegada del acontecimiento máximo del día. Redoblamos nuestra atencion. Aquel desgraciado animal fué doblemente capeado que los otros, llevaba tres días de una dieta severísima y parecia estar triste. Era natural. Como era del pueblo, estaria ya en el secreto; es costumbre allí ponerle banderillas de fuego, aunque el bicho tenga un genio como una avispa. No se hicieron aquellas esperar; ni por que el animalito berreó y gritó y se aperreó de una manera que daba compasion oirlo, nada, se tragó sus banderillitas de fuego como un señor.

Llegó el espada ó lo que es lo mismo el pincho á la presidencia y brindó; no sé lo que brindó, pero tal vez fue hacerle una chaqueta de caza á alguno de los individuos del Ayuntamiento, por que su primera precaucion despues de dos ó tres mil pases de muleta, fué señalarle al vicho [entre las espaldillas y el cuello unos magníficos bolsillos como no los hubiera dibujado el primer sastre de la cristiandad. Finalmente, y yo creo que sin intencion, lo mató. No hay por lo tanto que formarle causa. Ello era preciso y de otra manera la corrida hubiera durado hasta la madrugada.

Todavía queda la descripcion de una funcion de teatro y de otras dos corridas más que dentro del plazo de epigrafe vimos; pero en la imprenta no me quieren dejar que haga mas que estos poquísimos rengiones que quedan. Sabed, pues, que el teatro es una *corrida nocturna*; que las otras, matinal y vespertina, en la plaza fueron como la primera, ni mas accidentes que unos coscorriones, dos heridas y dos cojidas de primer orden.

Despues de la tercera tanda de toros un tristísimo adios, del que quedarán eternos recuerdos para nosotros y muy especialmente para

B. AVILÉS.

## ES COQUETA.

### LETRILLA.

La que el rostro se barniza con mil raros ingredientes, comprados lleva los dientes, la cabellera postiza, y el cuerpo se martiriza por engañar con su treta, ya sabemos que es coqueta.

La que se muestra juiciosa por que, tras sus muchos años (harta ya de desengaños) fingir no puede otra cosa; y en el hogar laboriosa bulle, trabaja y se inquieta, es tambien una coqueta.

La que en la Iglesia se pasa devotamente los días, hilvanando *Ave-marias*, y cuando vuelve á su casa las palabras acompasa y guarda media dieta, es tambien una coqueta.

La que la echa de sencilla (cuando sus largos colmillos le llegan á los tobillos) y al ver una rata chilla, de todo se maravilla y está siempre de etiqueta, es tambien una coqueta.

La que con llanesa viste (por que otra cosa no tiene) á todo, *dice*, se aviene, que el lujo se le resiste, nunca á reuniones asiste presumiendo de discreta, es tambien una coqueta.

La que gusta de charlar (flaco de toda mujer) solo por hacernos ver que bien se sabe espresar, y en política tratar mas que el *Pueblo* y la *Gaceta*, es tambien una coqueta.

La que la echa de arreglada; miles trazas inventando, siempre en la cocina andando de riña con la criada, y se precia de que en nada malgasta media peseta, es tambien una coqueta.

La que deja indiferente su labor y en esta mesa se devana la cabeza obligándola á que invente, para que vea la gente

tiene visos de poeta,  
es mas que todas coqueta.

AMPARO GARCIA.

Ya digimos en uno de nuestros últimos números, que el Sr. Ayala á su paso por esta habia dejado algunas huellas de su brillante ingenio.

Como prueba de ello á continuacion insertamos el siguiente conceptuoso soneto que el inspirado poeta escribió en el álbum de nuestra lindísima amiga la señorita de Avilés.

### El sol y la noche.

Encendido en sus propias llamaradas  
La sed devora al luminar del dia  
Y eterno amante de la noche fria,  
Persigue sus espaldas enlutadas.

Sediento de sus sombras regaladas  
En vano corre la abrasada via;  
Que él mismo va poniendo el bien que ansía  
Donde nunca penetran sus miradas.

La dicha ausente y el afan consigo  
Arde y redobla su imposible instancia  
Llevando en sus entrañas su enemigo;

Así corro con bárbara constancia  
Y siempre llevo mi ansiedad conmigo  
Y el bien ansiado á la mayor distancia.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

### IMITACION DE SCHLEGEL.

EL ÁGUILA Y EL CISNE.

*El Cisne.*

Sobre ondas tranquilas que apenas el viento  
Arruga en su cima, yo paso el vivir:  
Continuo se alejan, perdidas, y suelen  
Cual en puro espejo copiar mi perfil.

*El Aguila.*

De mansion me sirve la peña escarpada:  
Me cierno en los vientos y en el huracan:  
Y en luchas, y en caza, y en riesgos terribles  
Mi vuelo me salva por fuerte y audaz.

*El Cisne.*

Me atrae á las riberas la flor perfumada;

Del cielo sereno me alegra lo azul;  
Con cándidas alas yo nado en el golfo  
Purpúreo que deja el sol tras su luz.

*El Aguila.*

Cuando de las selvas los robles descuaja  
La ronca tormenta, triunfando me vé:  
Y tal vez demando del trueno al bramido  
Si cuando aniquila, no encuentra placer.

*El Cisne.*

Me invita, sus ojos fijando en mí Apolo  
En mar de armonías á hundirme; y la voz  
Tranquila, á sus plantas, se escucha y el canto  
De Tempé en el valle que grato sonó.

*El Aguila.*

De Jove en el trono me asiento; sus rayos  
Yo llevo á sus manos, si él dá la señal;  
Si duermo, le cubren mis alas pesadas  
El cetro que al orbe le dió guerra y paz.

*El Cisne.*

Profética inquiere mi vista á menudo  
La luz de los astros, del cielo el zafir,  
Que el onda refleja; é interno sentido  
Me llama á mi patria, glorioso zenit.

*El Aguila.*

Yo desde mis años mas tiernos, con gozo  
Llevé mis miradas al vívido sol:  
De los altos dioses juzguéme aliada,  
Y al polvo terrestre mi ser desdeñó.

*El Cisne.*

Se rinde á la muerte la vida apacible.  
Cuando á ella le plazca mis lazos romper,  
Tornando á mi acento dulzor inefable,  
Al trance solemne mis cantos daré.

*El Aguila.*

El alma, cual fénix que escapa y se eleva  
De entre llamaradas de hoguera voraz,  
De fúnebre antorcha renace al contacto  
Y su alto destino saluda inmortal.

FRANCISCO DE B. PAVON.

## VARIEDADES.

## El robo de los brillantes.

Era una de esas noches frías y lluviosas del mes de Enero, en que la nieve se cernía mezclada con el agua de entre las apiñadas y negras nubes, sobre las desiertas calles de Sevilla. La ciudad dormía; y su respiración, que se percibía como un gemido, era interrumpida de vez en cuando, ya por el monótono canto de algún sereno que entonaba la hora, ya por el acompasado golpe de algún reloj que se la mostraba hiriendo el aire con profundo sonido.

De vez en cuando se dejaba oír sobre las resbaladizas losas de sus estrechas y tortuosas calles, las rápidas pisadas de algún joven atrevido que se había retardado entretenido en amorosas aventuras, y que se deslizaba por el fango tiritando bajo la pesada capa. Otras veces era el pausado ruido de alguna nocturna ronda que, renegando del mal tiempo, cruzaba perezosa los desiertos barrios para evitar los continuos desmanes que producían de continuo amantes y ladrones.

Serían las dos de la madrugada, cuando en el barrio de Triana y no lejos del puente, dejáronse oír tres agudos silbidos, á los que contestó al poco tiempo otro mas agudo y prolongado.

Poco despues, cuatro sombras avanzaron por el puente como viniendo de la ciudad, le cruzaron rápidamente en toda su longitud, y se dirigieron sin vacilar al sitio de donde habían partido los silbidos.

Aquellos hombres tenían toda la traza de bandidos; vestían blusas oscuras sujetas á la cintura por una ancha correa, la cual oprimía en todos ellos unas tremendas navajas cruzadas entre el pecho y el vientre. Sus pantalones caían sobre unas anchas sandalias que les servían, mas que de cómodo calzado, de medio de amortiguar el ruido de sus pasos, y sus cabezas iban cubiertas con gorras de enorme visera, que sombreaba unos rostros patibularios, cruzados de cicatrices y adornados de enormes patillas.

El hombre que esperaba á los del puente y que era el mismo que había respondido á la señal lanzada por uno de ellos, exclamó al verlos llegar:

—Buenas noches, caballeros.

—Dios te las dé muy buenas y sabrosas, Esqueleto; respondieron los otros.

—¿Quieren ustedes, señores, que vayamos á la taberna? Me temo que pueda sorprendernos algún espía.

—Hay algo?...

—No, pero...

—Como quieras, interrumpió uno de ellos; anda, con eso echaremos un trago.

—Vamos, exclamó otro; y allí nos contará Jorobeta la traza de que se ha valido para colarse en el nido de esa bendita señora.

—Conforme, replicó Jorobeta; en marcha, que el tío Mochuelo tiene allí un sebillo que pone lista la lengua mas trapajosa.

Uno tras otro se dirigieron los cinco bandidos á uno de los extremos del barrio de Triana, donde estaba situada la taberna del tío Mochuelo, guarida constante de pillos y rateros.

Al aproximarse á ella, Esqueleto se adelantó, silbo de un modo particular y el postigullo de la carcomida puerta se abrió de par en par.

Entraron.

Esqueleto se dirigió al tío Mochuelo, que había salido á recibirlos con un candil en la mano.

—Toma, le dijo, dándole una moneda de plata, y tráenos un par de botellas del mejor aguardiente que tienes en tu cueva.

Luego arrebatándole el candil, abrió de un puntapié la puertecilla del cuarto inmediato, y penetró en él seguido de sus compañeros.

Algunos minutos despues, apuraba cada uno de ellos el contenido de un hondo vaso de aguardiente.

—Ahora, Jorobeta, desembucha; dános, hijo mio, una nueva prueba de tu talento y de tu valor.

—Ayer, fuí, dijo Jorobeta empezando la narración, y llamé á la casa de la susodicha señora. Dió la casualidad que ella misma vino á abrirme: y ya comprenderán ustedes, que con este pelaje yo no podía hacer otra cosa que pedirle una limosna; pero como si le pedía dinero era fácil que me despachára con dos cuartos, le pedí la comida del perro, y me presenté muertecito de hambre; creo que hasta me dió un síncope. La señora, que tiene tanto de buena que hasta es tonta, me hizo entrar y me metió en un cuartito; y no contenta con eso, mira tú si la vieja sería bruta... se fué á la cocina y me dejó solito frente á frente de la cómoda donde tiene sus alhajas; era la misma que ya sabíamos: negra, muy labrada, y con las cerraduras y los tiradores

dorados. Saqué mi cera y tomé el molde, así como el de la puerta del cuarto, y luego el de la puertecilla falsa que dá á la callejuela de San Francisco de Paula. Finalmente, la señora me dió de comer y de beber, y despues de darle las gracias como pide la cortesía, me largué limpiándome las lágrimas. Desde allí me fui derecho á casa de la tia Quica, y buscando entre sus herramientas, me he procurado dos llaves que han de venir clavadas á las cerraduras de las puertas: faltaba la de la cómoda: esa la he fabricado yo mismo. Aquí tienen ustedes las tres.

Y Jorobeta puso sobre la mesa tres llaves de desiguales dimensiones.

Una salva de aplausos premió al bandido por su astucia y su elocuencia, en tanto que él apuraba impávido su segundo vaso de aguardiente.

El resto de aquella repugnante sesion dió por resultado el quedar los cinco citados para las diez de la noche siguiente, en la plaza del Duque.

(Se continuará.)

---

## MISCELÁNEAS.

---

En la semana próxima pasada falleció víctima de una penosa enfermedad, la distinguida Sra. D.<sup>a</sup> Cármen Aguirre de Tejada de Eulate, dejando sumida en el mas triste desconsuelo á su apreciable familia, y muy especialmente á sus virtuosas hijas que han perdido con ella un tesoro inagotable de amor maternal y buenas cualidades. Enviamos á esta desconsolada familia nuestro mas sincero pésame.

\*  
\* \*

La institucion francesa del premio de Roma (institucion que todos nuestros lectores saben en que consiste) tuvo su origen en el año 1802. El primer compositor que lo obtuvo se llamaba Androt, y falleció durante su permanencia en Roma. Mas los concursos entre los artistas músicos, empezaron en época mas remota.

\*  
\* \*

Carlos Eranquelo: mal se aviene tu entusiasta dedicatoria de la novela con tu poca eficacia en enviar cuartillas.

¿Qué dirá para *sus adentros* y aun para *sus afueras* el misterioso Angel á quien dedicas tu pausada traduccion?

Adios tuyo muy picado

C. D.

Para cantar en el teatro Español de Barcelona con la compañía de ópera que en él debe actuar próximamente, se han hecho proposiciones á nuestro amigo el distinguido artista señor Tintorer y á su esposa señora Latour.

\*  
\* \*

*Rectificacion.*—En nuestro número anterior, en el artículo titulado *Música de Campaña*, dimos el nombre de *Pitita* á la cancion que se canta ahora con la misma música de la que se cantaba en la guerra anterior es la letra siguiente:

«Zumalacarregui diu que vol venir, etc., etc.»

Hacemos esta rectificacion, porque precisamente la *Pitita* era una cancion bien distinta de la mencionada.

\*  
\* \*

En el Estatuto concedido por Enrique III á la cofradía de Santa Cecilia, se lee lo que sigue:

«Serán advertidos todos los buenos y excelentes músicos de nuestro Reino y de los otros Estados, para mandar, si á ellos les place, el dia de la vigilia de Santa Cecilia, algun nuevo motete, ú otra composicion musical honesta, para ser cantada, á fin de conocer y señalar los buenos autores, y principalmente el que lo habrá hecho mejor, el cual será honrado y gratificado con el premio que merezca.»

---

## PASATIEMPOS.

---

### CHARADA.

—  
*Primera* es letra;  
*segunda* es nota;  
*tercia* es lo mismo;  
*todo* es... mi novia.

L. H.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR.

Si tu nombre me revelas,  
juro por el rey... de bastos  
formar de él una charada  
mejor que la *Abecedario*.

J. L.

---

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,  
Azónálcas, 4.

mente espaciosa para recibir á los amigos que nos quedan, en la desgracia.

Habia en esta respuesta y en la dulce firmeza con que iba acen- tuada, ese no sé qué de inherente al carácter de una dama del gran mundo: era una mezcla de orgullo y de agrado que lison- jeaba é imponía á la vez. Mr. Herbault enmudeció ante la deli- cadeza con que la Señora de Mervilly habia renunciado su ofre- cimiento; dejó, pues, de insistir en el temor de lastimar una susceptibilidad, legítima por otra parte.

Después de un breve silencio dijo el buen industrial:

—Retiro mi proposición, señora baronesa, y pido perdón por no haber comprendido, antes de formularla, que no podía con- venir á Vds. Pero permítanme, sin embargo, suplicarles que me satisfagan en otro asunto de bastante escasa importancia para que no sea complacido esta vez.

—De que se trata? Estoy pronta á demostrar á V. si es posible todo el deseo que tengo de complacerle.

—Pues bien, he aquí lo que yo deseo vivísimamente: por una cláusula del contrato de renta se han reservado Vds. el dere- cho de sacar de este palacio cierto número de muebles y objetos indispensables á su instalacion en la calle de Livarot. Yo he recorrido la lista que detalla esos muebles indicados por Vds. y me ha parecido bastante incompleta. Si, señora baronesa, V. ha olvidado sin duda alguna cosa que no tardarán en echar de me- nos: yo, pues, desearia, y así se los suplico, que tomaran de aquí cuanto conviniera á su utilidad ó á su recreo sin otro límite que la satisfaccion de sus deseos.

Esto me compensará de la anterior negativa y me devolverá mi buen humor.

—Sea, querido amigo: no queremos privar á V. de esa satis- faccion, y se realizará tal como V. desea. Sea dicho en verdad, ya estaba yo algo arrepentida de haber hecho ciertas omisiones en esa lista, y á no dudar esas omisiones me perjudicarian, si no fuera por su amable autorizacion.

—Magnífico! exclamó Felix: seria de desear que las relaciones de este mundo, tan penosas y hostiles cuando media algun inte- rés, tubiesen siempre el caracter de inteligencia y cordialidad que anima este círculo. En cuanto á mi, nada mas edificante que el espectáculo de unas relaciones sinceras entre la nobleza y el pueblo, porque á mi juicio se enlazan por regla general corazo- nes desprovistos de ficcion y malos sentimientos.

Diciendo esto miraba á la Srta, de Champrosay, y parecia di- rigirse á ella con especialidad.

—Yo admiro tambien como V. caballero, respondió Valentina los sentimientos elevados y generosos que acababan de manifes- tarse ante nosotros, y me felicito sinceramente de ver como se forma entre las familias de Mervilly y Herbault una amistad, basada en la simpatía y que el tiempo se encargará de fortificar. Nada es, en efecto, tan agradable como la amistad que resulta, no de la analogía de las cunas, sino de la extraña y poco comun atraccion de corazones que se comprenden á gran distancia.

Espresandose así no habia hecho la señorita de Champrosay otra cosa que dar políticamente una contestacion á lo que pa- recia preguntarle Félix Duhautbois. Pero este, próximo á entu- siasmarse, aprobó vivamente lo dicho por Valentina, añadiendo que consideraba como un gran honor el tener cierta semejanza de opinion con una persona tan distinguida en todos con- ceptos.

—Es V. muy galante, caballero, respondió Valentina con frialdad.

—Digo sinceramente lo que pienso, replicó Felix sin notar el tono ligeramente contrariado de la señorita de Champrosay.

—Siempre adulador! dijo la baronesa interviniendo. Esa ga- lantería es tanto mas digna de elogio cuanto que hemos llegado á unos tiempos... ¿No es verdad, Mr. Herbault?

—Oh! seguramente, respondió el industrial; aunque el trabajo apenas me ha dejado tiempo de ser galante, no dejo de conocer

que un joven tiene el deber de mostrarse amable con las señoras, y siempre miro con prevencion al que no tiene esa tendencia. Cuando yo case á mi hija tendré el mayor cuidado en elegir un yerno que prefiera el salon á la cuadra y su mujer á los zaballos.

Esta salida animó todas las fisonomías: hubo un acceso de hilaridad que se prolongó hasta que tomó la palabra la señora de Mervilly.

No crec dijo, que sean exageradas sus aspiraciones de V.: los hombres apasionados y formales son menos raros de lo que se supone generalmente.

Y dirigiéndose á Clotilde, repuso:

Yo deseo, querida niña, que su padre la una pronto á un hombre verdaderamente digno de V.

—Ah! yo no pienso aun casarme, señora, respondió la joven con una visible emocion. Y es posible que no me case nunca.

Esta repuesta y la turbacion que la acompañaba, causaron en la concurrencia cierta admiracion.

—Yean Vds. lo que me contesta cada vez que yo le hab'lo de ese asunto! exclamó Mr. Herbault. Y dígame Vds. ¿tiene ese sentido comun?

—Bahl dijo Feliz, ese es el lenguaje ordinario de la mayor parte de las señoritas; pero bien puede dudarse de su sinceridad. En cuanto llega el predeterminado se las vé de repente cambiar de sentimiento y de resolucion.

Yo lo creo así tambien, dijo la baronesa, y la señorita Clotilde no tardará mucho en ofrecernos la prueba de esa verdad.

—Lo dudo, señora, replicó la joven con un tono de tranquila resolucion.

—Tened, sin embargo, presente, repuso Didier que insistiendo en esa determinacion se arriesga V. á disgustar á su padre que tanto la quiere.

—Yo vivo satisfecha estando á su lado, respondió Clotilde; no

de una mirada con Didier y Valentina, parecia interrogarles y pedirles consejo; pero sin duda creyó ver el reflejo de su opinion porque su actitud se afirmó por decirlo así, su rostro tomó un marcado aire de resolucion y respondió con tranquilidad y sin abandonar su constante sonrisa.

—Es V. todo un hombre honrado y su proposicion la mas meritatoria del mundo: me siento vivamente agradecida y veo acrecentarse mi afecto hácia V., pero siento no poder aceptar su generoso ofrecimiento, y hé aquí las razones: primeramente me seria muy doloroso el habitar una casa que me perteneció, y que ya no es mia: me entristecería pensando que ya no estaba en mi casa, entre las paredes que me vieron nacer, y entre las que he sido tan dichosa: la idea de que, solo por una laudable tolerancia, seguia en el palacio turbaria mi tranquilidad.... ¿Qué quiere V.? Las cosas de este mundo nos afectan principalmente por su lado ideal y la imaginacion es la que casi siempre, determina la naturaleza de nuestras sensaciones. Importa, pues, que yo me evite semejante tormento, tanto mas, cuanto que mis ideas son de no retroceder ante la pobreza, venga en la forma que viniere, y despues colocarse lo menos mal posible, en una situacion que corresponda con el infortunio, y crearse una existencia modesta, retraida, aunque independiente y digna, para bastarse á sí mismo sin necesitar nada de nadie y mantenerse á la altura de su nombre. Para conformar mi conducta á esta manera de ver y de sentir, es para lo que he alquilado una casita en la calle de Livarot, en Orbec, y para lo que la he puesto ya en estado de recibirnos. Mañana, por la mañana, me iré allí con la señorita Yacibirnos. Mañana, a'li nos instalaremos sin tardanza y allí no resignaremos á vivir humildemente, hasta que quiera Dios favor recer á mi familia y relevar á de su triste situacion. No por esto quedo menos agradecida á V., amigo mio, añadí, y espero que vendrá á visitarme con la señorita Clotilde y Mr. Duhaubois á mi nueva casa, pequeña como la de Sócrates, pero suficiente-